

LAS MERCENARIAS DE SAIGON





El G. I. ha dejado atrás las acerías de Pittsburgh, los algodones del Sur, la soleada California y está aquí en Vietnam, una tierra extraña para él. Son largos los días en la guerra y solitarias las noches. En Saigón, el guerrero busca su reposo en los bares equivocados. Allí bebe el «Saigón tea», que tiene igual color y precio que el whisky, pero que sólo sabe a té. Una bebida poco excitante, aunque esto importa poco: el «marine» que va a estos bares no lo hace por la bebida, sino que busca la posibilidad de un amor pasajero que le haga olvidar la guerra. Consume —y paga— un té tras otro y concertará acaso una cita que, seguramente, no tendrá lugar. Al día siguiente, otra vez la guerra. En camión o en jeep, los G. I. toman la autorruta de Saigón a Bien-Hoa. Allí, en el camino, están los «car-wash», una red de pequeñas cabañas de bambú, de pobre apariencia y peor realidad, pero que en el asfalto solitario son una invitación a la parada. Las muchachas vietnamitas hacen señas a los vehículos que, indefectiblemente, se detienen. Pocos G. I. se resisten a ello.



LAS MERCENARIAS DE SAIGON

En el «car-wash» el camión queda limpio. El soldado tiene tiempo, entre tanto, de entrar a tomar una cerveza. Sobre el rudimentario mostrador se entiene pronto con alguna de estas muchachas de Saigón. Las promesas frustradas en los bares del «Saigón le nuit» quedan cumplidas aquí por unas trescientas piastras (algo más de treinta duros). Dos de los oficios más antiguos del mundo —el guerrero y la mercenaria del amor— se dan la mano. Muchos de estos «marines» tendrán que visitar más tarde el hospital montado en Manila por el mando americano para enfermedades «especiales». Ellos lo saben, pero en la guerra no se miran estas cosas. La mercenaria no tiene, tampoco, tiempo de preocuparse de otra cosa que llevar adelante a su familia. No hay otro trabajo, no hay otro remedio. Para este empleo se precisa poco: algo de encanto y un vocabulario mínimo. El resto lo da la situación: un país ocupado, una guerra continua, unos padres viejos que se mueren de inanición, unos hermanos famélicos, la corrupción en todos los niveles...

Fotografías: GILLES CARON
GAMMA-FLASH PRESS



